

MEDICIONES DE LA MENTALIDAD

Peca de perogrullada decir que la inteligencia humana puede ser, si no medida con exactitud, por lo menos justipreciada con bastante precisión. Wundt pasa por ser el originador de las mediciones mentales; sin embargo, el papel más importante en ese desenvolvimiento de la higiene mental corresponde al psicólogo francés Alfred Binet, a quien se le ocurrió la brillante idea de averiguar la edad mental, independientemente de la cronológica. Las preguntas comprendidas en sus pruebas van dispuestas en grupos de a cinco, por edades de 3 a 14 años, con el objeto de justipreciar la capacidad, no en una tarea, sino en varias. En su forma más perfeccionada y aplicada, las pruebas llegan a 54 para niños de 3 a 12 años. Cuando un niño ha contestado todas las preguntas correspondientes a un año y prosigue hasta que tropieza con una que no puede contestar en un año dado, eso determina su edad intelectual.

Binet realizó su gran obra desde 1906 a 1911, pero murió antes de que pudiera estudiar con minuciosidad los resultados y hacer ciertas correcciones. En otros países, las pruebas no obtuvieron aplicación en su forma primitiva y hubo que hacer cambios, pero siempre conformándose al plan de Binet; es decir, tras todo lo dicho, queda en pie la fórmula pristina del psicólogo francés: los niños menores de 9 años que revelan un retraso de más de 2 años, son probablemente defectuosos mentales, a tal punto que son débiles mentales, y lo mismo reza con los mayores de 9 años que revelan un atraso de más de 3 años.

En los Estados Unidos la revisión más utilizada es la de Terman, de la Universidad de Leland Stanford, de California, llamada habitualmente la Stanford-Binet, que comprende, además, una serie de pruebas para personas de 16 y de 18 años. Esa revisión comprende, además, 6 partidas en cada año en vez de 5, lo cual facilita el cálculo de la edad mental por meses. Del mismo autor también procedió la idea del cociente de la inteligencia o C. I., que se obtiene dividiendo la edad mental por la cronológica y representa la proporción entre ambas. Cuando las dos son idénticas, el C. I. es 100, y el niño juzgado por esa prueba es precisamente normal. Si es sumamente despierto, el C. I. pasará de 100, y si es also torpe, sucederá lo contrario. Los morones tienen un coeficiente de 50 a 70, los imbéciles, de 25 a 49, y los idiotas de más de 25. Un coeficiente de 70 a 80 queda en la zona dudosa, y si es menor de 70 denota deficiencia mental. Como 88 por ciento de los niños resultan normales, 1.5 por ciento sobrenormales, 9 por ciento subnormales o liminares, y 1.5 por ciento defectuosos.

Aunque el C. I. aporta una buena indicación de la capacidad escolar del niño, no debe olvidarse que sólo refleja un elemento de la mente: ese factor indefinido llamado inteligencia, y eso en un momento

dado, sin tomar en cuenta la destreza, constancia y pertinacia con que se usará dicho instrumento a través de la vida, o si ésta lo emboratará o aguzará. Todavía no hay pruebas fidedignas, susceptibles de aplicación a los otros elementos del carácter que determinan la esfera de utilidad de cada ser humano y su éxito en la vida. De ahí que las pruebas mentales posean tan poca significación en los adultos.

Sin embargo, en las escuelas, bien aplicadas y dándose cuenta exacta de sus limitaciones, las pruebas pueden ayudar en el descubrimiento de las deficiencias existentes y a encarrilar a los niños, a fin de que obtengan el mayor beneficio posible del tiempo que pasen en sus clases.

LA ENFERMEDAD Y LAS RAZAS

Pocos problemas epidemiológicos hay más fascinantes que la diferente resistencia que ofrecen las varias divisiones de la familia humana a las enfermedades que suelen azotar a la raza. "Las razas," dijera el naturalista Quatrefages, "tienen sus caracteres patológicos, de la propia manera que presentan sus peculiares rasgos externos o anatómicos."

Los datos que poseemos sobre la materia pecan todavía de incompletos por demás, a consecuencia de lo cual, el asunto se halla envuelto en una verdadera nube de errores, tergiversaciones, exageraciones y hasta prejuicios.

Durante la reciente exacerbación de la fiebre amarilla en la costa occidental de África, fué muy notable la susceptibilidad de los sirios a la dolencia. Solíase creer que los negros eran indemnes, pero precisamente esos últimos brotes africanos pusieron de manifiesto que los azotes de la enfermedad recaían: primero sí, sobre los europeos y sirios, pero sin que se salvaran tampoco los africanos, a quienes según Bourcy, protegían contra las picadas del mosquito el olor de las secreciones cutáneas y el grosor de la piel, pero quizás más, como ha dicho Buchner, la resistencia adquirida a través de los siglos, o todavía mejor, la vacunación insensible por formas leves del mal. Otra semejante idea errónea ha reinado con respecto al paludismo, (dolencia esta a la cual son mucho más tolerantes los negros) creyendo muchos, por ejemplo Aznar,³ el decano de la facultad de medicina de Barcelona, que la raza de color era indemne al mismo, cuando en Haití, país de población africana casi pura, el paludismo es uno de los dos principales flagelos que diezman a los habitantes. Otro tanto ha sucedido con la decantada inmunidad de los negros a la uncinariasis. En la literatura, mucho se ha discutido en los últimos años la supuesta inmunidad de los musulmanes a la neurosífilis; sin embargo, los recientes estudios de Goëau-Brissonnière en Argelia y de

³ Aznar, Oliver, Discurso Inaugural ante la Facultad de Medicina de Barcelona, 1928.